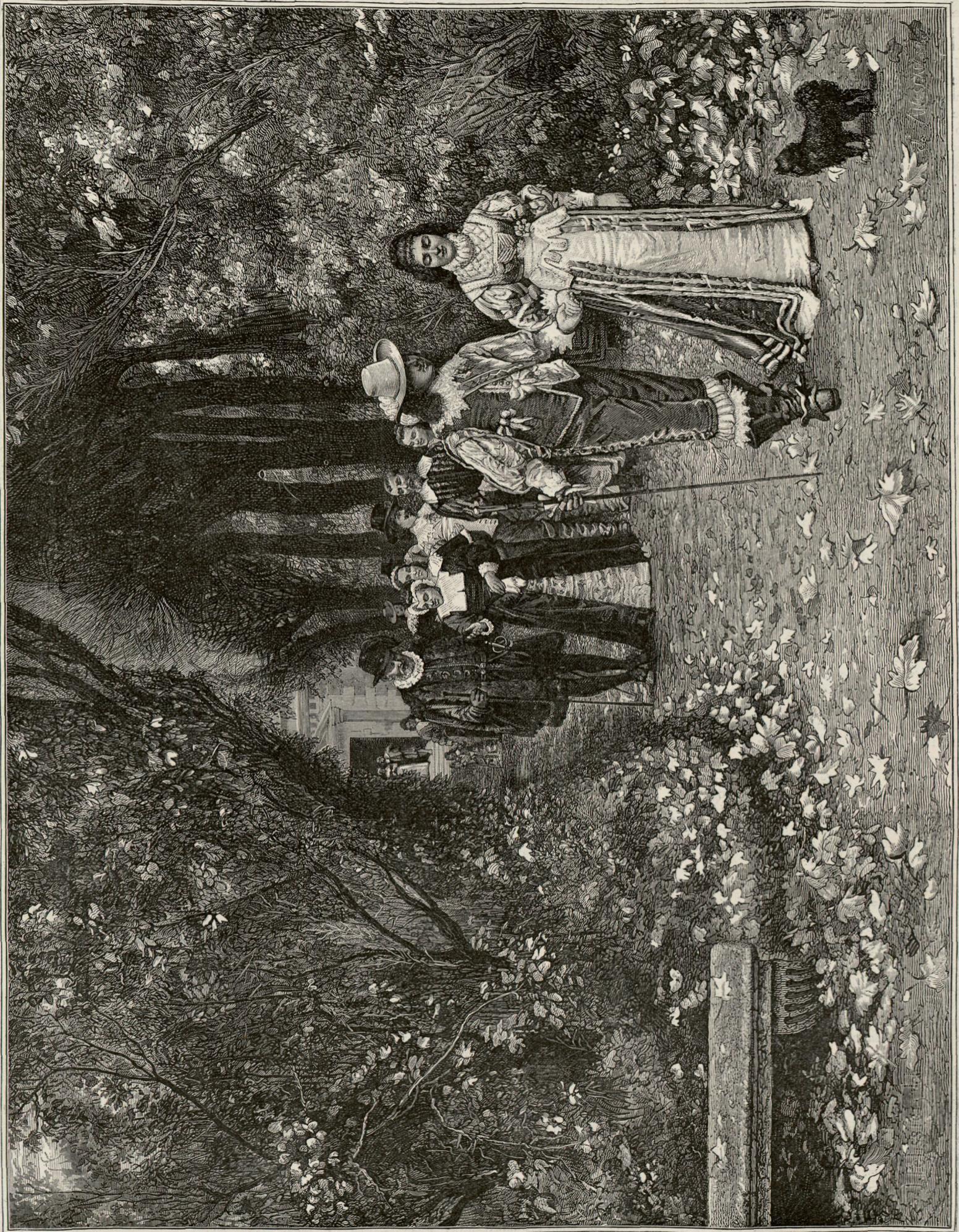


RECEPCION DE LA EMBAJADA MARROQUÍ POR S. M. EL R.

BELLAS ARTES.



ESCENA DE OTOÑO: Los prometidos esposos.

CARTAS PARISIENSES.

Diciembre 2 de 1877.

Continúa la crisis. M. Dufaure ha sido llamado por el Mariscal, sin duda para encargarle la formación del nuevo Gabinete. El telégrafo les anunciará á ustedes, probablemente ántes de que llegue esta carta, el resultado de la entrevista del jefe del Estado con el antiguo ministro de M. Thiers.

Las conferencias están á la orden del día. El Duque de Magenta ha tenido una larga entrevista con el presidente del Senado, el cual aconsejó al Mariscal que no se haga jefe de un partido, sino de la nación; que los que se encuentran en tan elevada dignidad no deben seguir á las parcialidades políticas, sino colocarse en un terreno neutral, donde se estrellen todas las ambiciones de los partidos y de los hombres.

También conferenció el Duque con el presidente de la Cámara de diputados, M. Grevy, manifestándole que un ministerio de la izquierda exigiría tal vez garantías inaceptables, á lo que contestó el respetable presidente de la Cámara popular, que no sabía hasta qué punto fuesen inaceptables las condiciones cuando no han podido formular las garantías de su entrada en el poder, puesto que no habían sido llamados á gobernar. La situación continúa siendo cada vez más crítica. Todas las clases de la sociedad muestran su descontento por un estado de cosas que no puede prolongarse.

Los trabajos para la Exposición Universal de 1878 adquieren cada día mayor impulso. La sección española trabaja sin descanso, hábilmente dirigida por el Sr. D. Emilio Santos.

La Colonia Hispano-americana se reúne tres veces por semana en el Teatro Italiano. La ópera *Filia*, del compositor habanero Sr. Villate, se estrenó anoche, obteniendo grandes aplausos el compositor y los artistas que tomaron parte en su ejecución. Elena Sanz obtuvo un verdadero triunfo en el papel de Marcela, escrito expresamente para ella. Tamberlik tiene el don de arrebatar por su dicción tan acabada y su método tan correcto, dominando al público por completo.

Los distinguidos autores Meylhac, Halevy y Leacock han leído al empresario del teatro del Renacimiento una opereta titulada *Le Petit Duc*, destinada á obtener el mismo éxito que sus anteriores producciones.

Edmundo Gondinet ha terminado un drama en varios actos, titulado *La Belle Madame Dionis*, tomado de la famosa novela de M. Malot.

El duque de Baños ha marchado á esa por unos días. Se anuncia el próximo regreso de la marquesa de Castellflorite, que llegará acompañada de la duquesa de la Torre y de su linda hija Conchita, cuyo enlace con el joven conde de Santovenia se anuncia para el mes de Febrero próximo.

ANASTASIO.

ECOS DE MADRID.

Madrid se divierte y lleva trazas de seguir divirtiéndose todo el invierno.

Catorce ó quince teatros abiertos, bailes y recepciones, comidas y conciertos, hermosos paseos y un otoño que no deja nada que desear, todo esto han tenido los madrileños y los que sin ser madrileños han residido en la coronada villa en estas últimas semanas.

Dentro de algunos días llegará á esta corte el célebre Mr. Bidel, insigne domador de fieras, que después de haber obtenido inmensos triunfos en las principales capitales de Europa y también en Barcelona, nos viene á mostrar sus panteras y sus monos, sus hienas y sus osos, sus cabras y sus leones.

Con razón dice mi amigo *El Lunático* que los seres racionales vamos á estar en minoría.

* *

Para festejar los días de su interesante hija Isabel, dieron un baile en su precioso hotel de la calle de Almagro los señores de Silvela. Se bailó hasta las dos de la madrugada; hubo profusión de helados y dulces. Las mujeres bonitas estaban en mayoría, y el sexo feo estaba representado por políticos distingui-

dos, literatos eminentes, opulentos financieros y hábiles diplomáticos.

El ministro de Estado y su amable señora hicieron los honores de la *soirée* con la distinción que les caracteriza.

* *

El ministro de Portugal ha recibido también en estas últimas noches, y sabido es que se pasa siempre un buen rato en los salones del representante de la nación vecina. Sería larga la lista de las personas distinguidas que se hallaban allí. En obsequio de la brevedad diré solamente que la concurrencia era numerosa y escogida.

* *

La condesa del Montijo se halla enferma, y por este triste motivo no se ha bailado en los confortables salones de la plazuela del Ángel. Si mejora la salud de la madre de la ex-emperatriz Eugenia, los pollos y las pollitas de la elegante sociedad madrileña se reunirán los domingos y los jueves en aquella hospitalaria mansión.

* *

No recuerdo cuántas bodas se anuncian para este invierno; pero es lo cierto que se anuncian varias, entre ellas la de la hija de los duques de Fernan-Núñez con el joven duque de Huéscar; la de la hija mayor de los duques de la Torre con el conde de Santovenia; la de la hija de los condes del Pilar con el Sr. Vermejillo; la de... Continuaré la lista á medida que vaya recordando nombres, y la seguiré publicando en mis próximos Ecos.

* *

Cesaron los alborotos en el Teatro Real, donde se ha cantado últimamente *La Africana*, siendo muy aplaudidos el tenor Gayarre y la simpática Borghini-Mamo.

* *

La comida con que los marqueses de Vinent obsequiaron á los señores duques de la Torre, fué digna del anfitrión y de sus ilustres convidados, entre los cuales se hallaban el presidente del Consejo de Ministros, los marqueses de Bedmar y el eminente literato D. Juan Valera.

No menos brillante fué el último banquete de los duques de Fernan-Núñez.

Decididamente, el arte de comer bien no se ha olvidado en España, ni lleva trazas de olvidarse.

* *

Un interesante drama de D. José María Díaz, titulado *El Trece de Febrero*, estrenado en el Teatro Español, y una linda comedia de D. Eusebio Blasco, en el nuevo coliseo de la calle del Príncipe, son las novedades más importantes de los teatros de Madrid en estos últimos días.

No agradó el drama del Sr. Díaz todo lo que debía agradar una obra admirablemente escrita, en la que abundan las situaciones dramáticas y llena de interés, que es la primera cualidad en el teatro. Sin embargo, tanto el autor como los actores, entre los cuales merece particular mención la señora Dardalla, que brilló á grande altura, fueron llamados dos ó tres veces al palco escénico.

De la comedia de Blasco nada tengo que decir, pues todo Madrid acude á verla, pasando un buen rato con los chistes de buena ley que abundan en ella y con la manera especial con que la ejecutan los apreciables actores dirigidos por el Sr. Mario. Reciban todos ellos mi más cordial enhorabuena.

CLAUDIO.

LA MUJER PERDIDA

POR

TORCUATO TÁRRAGO.

A la caída de una tarde de invierno, en esa hora solemne y melancólica en que se principia á oír en nuestras poblaciones rurales las campanas de las iglesias llamando á los fieles á la oración de la noche, el autor de estas líneas atravesaba por delante de la parroquia de San Miguel de Guadix, templo que principió bajo un plano magnífico de la época del Renacimiento y terminó bajo el capricho abigarrado del más gárrulo de nuestros alarifes del siglo pasado.

Sin embargo, dicha iglesia, vista á la caída de una tarde nebulosa, con su torre cuadrangular de ladri-

llo, con su atrio de piedra, en donde campea una cruz semi-bizantina, con su cementerio sombreado por algunos cipreses; teniendo á un lado la siempre verde campiña y al otro una calle ancha y espaciosa, presentaba el conjunto pardo y tenebroso de un monumento sombrío, que no hubiera podido calificarse á no brillar la enseña de la religión, modelada en hierro, en la cúpula central, bajo los siniestros resplandores del crepúsculo vespertino.

La puerta de la iglesia de San Miguel estaba abierta, y me sentí como empujado para entrar en el interior, y como del deseo á la realización no media más que un momento, resultó que me encontré bajo los arcos torales admirando la calma majestuosa que reinaba en el santuario.

En aquel instante nadie había en la iglesia. En el centro de la misma, una lámpara de plata daba luz al altar mayor, donde se veía como una sombra al Arcángel San Miguel blandiendo la flamígera espada y teniendo á sus piés al soberbio y rebelde Satanás; á la derecha estaba la puerta de la sacristía; á mi espalda la del panteón, y á mi izquierda la capilla de la *Consolación*, bañada por los postreros rayos de la tarde, que entraban por una ventana de carácter semi-romano.

Después de dar una vuelta por todo el templo contemplando estatuas y cuadros que apenas se distinguían, entré en la expresada capilla de la *Consolación*, no sin haber pasado ántes por el altar de las *Animas*.

Como en esta capilla había más luz á causa de la ventana indicada, pude ver al lado del altar principal, cuyo retablo es una obra muy recargada, pero sin accesorios churriguerescos, otro altar que en frente de el del *Santo Sepulcro* se encuentra. Era el de la *Sacra Familia*.

En efecto, sobre el ara del mismo, se da culto á un gran cuadro, que representa á la Virgen y San José que sostienen al niño Jesús, cada uno de una mano. Aunque este cuadro había sido visto por mí muchas veces, se presentó á mis ojos en aquella ocasión con todos los matices del arte. La composición, el colorido, el juego elegante de las ropas, la soltura, facilidad y fluidez del pincel, todo me llamó la atención en aquel momento. Después de un buen rato de observación dije para mí:

—Sea que las sombras de la tarde revisten este cuadro de verdaderas condiciones artísticas, ó sea que real y exactamente el cuadro es digno de la atención de los inteligentes, es lo cierto que ahora me sorprendí y cautiva cuando en otras ocasiones ni siquiera me ha llamado la atención.

Sentíme arrastrado para descifrar esta duda que repentinamente brotó en mi alma, y en efecto, llamé á un acólito que pasaba por el fondo de la iglesia, le hice encender una vela, y al resplandor de su luz me puse á examinar la pintura, convenciéndome cada vez más de que era una obra perfecta y magistral.

Mi curiosidad tomó mayor vuelo, tan luego como me hice cargo de la excelente bondad de la obra.

—Cualquiera diría, exclamé después de un largo exámen, que hay aquí algo de la fuerza del Ticiano, algo que se asemeja al colorido de Rivera, especialmente al que empleó en su hermosísimo lienzo titulado *La Escala de Jacob*; algo que revela ese admirable claro-oscuro, que vemos á los cuadros de Cano, Pereda y otros españoles insignes. ¿Será posible que este cuadro sea de uno de esos inmortales artistas?

Al hacerme esta pregunta instintivamente fuí á ver si el cuadro estaba firmado: acerqué la luz, limpié con el pañuelo uno de los ángulos, y entonces ví aparecer un nombre, una rúbrica y una fecha.

Allí decía en letras que parecían garabatos de candel:

Athanasius Potor-Regs.

Quién era este artista desconocido, este pintor que robaba á la nueva escuela italiana y á la clásica española sus más admirables tesoros.

Hé aquí lo que vamos á decir, porque sobre aquel cuadro hemos escrito este libro; mejor dicho, sobre aquel cuadro hemos encontrado la historia de LA MUJER PERDIDA.

Una lágrima que se evapora, una constelación que pasa por el fondo de la noche estrellada, una ambición de niña que se convierte en un rayo, un poco de orgullo que brota de una esperanza, el apetito del lujo que deslumbra á la virtud, hé aquí lo que vamos á contar.

Un poco de luz que se pierde en el seno de las sombras.

I.

ÉL, ERA ÉL.

Almería es una de esas poblaciones que bien merecen ser llamadas con el brillante epíteto de *Hijas del Sol*. Dice la leyenda árabe que cuando Almería era Almería, Granada era su alquería; porque esta ciudad alegre, blanca como una gaviota, parece salir de las espumas del mar, con una corona de perlas líquidas y un turbante de torres seculares, á la manera de aquellas náyades de otros tiempos, que fueron la sorpresa de atrevidos argonautas.

Almería tiene el carácter árabe impreso en todas partes. Su alcazaba es todavía la misma que sirvió de prisión á Abu-Abdalla el Zegrí; su catedral es la fortaleza de piedra que defendía el puerto con sus falconetes de bronce, de las piraterías de los argel-